

Homilias Epifanía del Señor

+ Lectura del santo Evangelio según San Mateo

Jesús nació en Belén de Judá en tiempos del rey Herodes. Entonces, unos Magos de Oriente se presentaron en Jerusalén preguntando: - ¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo.

Al enterarse el rey Herodes, se sobresaltó, y todo Jerusalén con él; convocó a los sumos pontífices y a los letrados del país, y les preguntó dónde tenía que nacer el Mesías. Ellos le contestaron: - En Belén de Judá, porque así lo ha escrito el profeta: “Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres ni mucho menos la última de las ciudades de Judá; pues de ti saldrá un jefe que será el pastor de mi pueblo Israel”.

Entonces Herodes llamó en secreto a los Magos, para que le precisaran el tiempo en que había aparecido la estrella, y los mandó a Belén, diciéndoles: - Id y averiguad cuidadosamente qué hay del niño y, cuando lo encontréis, avisadme, para ir yo también a adorarlo. Ellos, después de oír al rey, se pusieron en camino, y de pronto la estrella que habían visto salir comenzó a guiarlos hasta que vino a pararse encima de donde estaba el niño. Al ver la estrella, se llenaron de inmensa alegría. Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rosillas lo adoraron; después, abriendo sus cofres, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra.

Y habiendo recibido en sueños un oráculo para que no volvieran a Herodes, se marcharon a su tierra por otro camino.

Palabra del Señor

Homilias:

(A)

Ayer me estuve fijando: los cristianos fueron a misa con las caras de siempre. Por el camino, yo me iba fijando en los rostros de los críos que me cruzaba por las calles y, desde luego, no eran las de

diario. No era que los Reyes les hubieran traído juguetes, es que les habían cambiado el alma. Y, con el alma, la cara. Eran todos como niños-dobles o niños-triples, doblemente felices, triplemente niños. Y todo, porque sacaban a flote la ilusión que habitualmente llevan sumergida en las almas y que ayer se veía en su rostro como una vaselina.

Los mayores, no. Los mayores vinieron a misa de Reyes con su cara de buenas personas, levemente adormecidos aún, fielmente cumplidores. Pero sin brillo en la piel, sin esplendor en los ojos.

Y yo pensaba: ¿Para qué vienen entonces? Si un señor viene a misa sin esperanza, ¿para qué viene? Si no cree ya en los Reyes, en la ilusión, en la posibilidad de que el milagro se realice, ¿qué hace en una iglesia?

Yo no sé si los Reyes Magos son o no una fábula. No sé si pasan o no por los balcones llenándolos de regalos. Sé –y digo “sé” en lugar de “creo”, porque para mí siempre la fe ha sido más cierta que la certeza- que Dios pasa cada día y cada domingo, dejando en el balcón de los altares el cuerpo sangrante y glorioso de su Hijo. Decir esto es estar loco, también lo sé. Pero yo tengo tanto derecho a tomarlo en serio como los niños a los Reyes Magos.

Los que no tienen derecho son los que se dicen creyentes y no lo creen, o no lo toman en serio, o no estallan de gozo en días como hoy y van a misa sin esperar nada y no descubren que ir a misa no puede ser otra cosa (igual de hermosa, igual de loca) que abrir el balcón y dejar en él unos zapatos estando seguros de que Dios pasará esta noche y nos dejará en ellos nada menos que su amor.

(B)

Está claro que se ha pasado de honrar al Niño con mayúscula a honrar a los "niños". Esto tiene un profundo sentido teológico. Si Jesús ha dicho: "Todo lo que hicisteis a uno de mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mt 25,40), esto tiene especial aplicación cuando se lo hacemos a los niños.

Sin duda, Jesús se siente feliz al ver felices a los niños; ríe con ellos en las cabalgatas, goza con sus sorpresas, se siente querido en los gestos de ternura que les prodigamos. No tengamos miedo de que sienta celos cuando nos volcamos en ellos para hacerlos felices. En cierto sentido, los padres tienen el mismo cometido que María y José a los que se les encomendó Jesús, el Hijo de Dios e hijo suyo. Se les ha confiado la misión de hacer crecer a Jesús en sus hijos.

Por una especie de consenso social, el día de Epifanía es el día de los "Reyes Magos", y el día de los Reyes Magos es el día del niño. Resulta patente que el día del niño son todos los días del año. Si celebramos uno con especial énfasis es para avivar nuestra entrega a lo largo del año.

La primera exigencia con respecto a los niños es aprender a educar, algo que no se aprende nunca del todo. Pero es demasiado lo que nos jugamos. Miguel Hernández pedía a sus amigos íntimos: "¡Ayudadme a ser hombre; no me dejéis ser una bestia!". Eso es educar: formar el espíritu.

La infancia la construyen los padres y la familia. Muchos padres tienen una preocupación casi obsesiva por la salud, el desarrollo físico de sus hijos y un buen porvenir profesional: ¡Que no les falte nada! En cambio, pocos padres tienen esa misma preocupación por la salud psicológica y espiritual de sus hijos. Es tanto lo que se juega en la educación de los niños, que no se puede dejar a la improvisación o a los impulsos espontáneos. Desgraciadamente no hay, por parte de muchos padres, demasiado interés por aprender aprovechando los numerosos medios que tienen hoy a su alcance...

La mejor forma de querer a los hijos es quererse los padres. Es el gran factor de satisfacción y equilibrio psicológico. Los chicos, de forma inconsciente, están diciendo a sus padres lo que los invitados a la boda gritan a los novios: "¡Que se besen!, ¡que se besen!". Quizás muchos digan: "Ya nos queremos". Nunca es bastante. Y, además, lo deben notar los hijos. Les da seguridad afectiva.

En esta sociedad de consumo corremos el peligro de creer que todo se arregla con cosas, que la educación consiste en que al niño no le falte de nada para que pueda ser feliz, porque, de lo contrario, puede sufrir un trauma. El niño querido, acompañado, escuchado, apenas si echa de menos las demás cosas; el insatisfecho afectivamente no se satisface con nada. A veces los adultos dan la impresión de buscar más quedar bien con los padres del niño que buscar el bien del niño. Otras veces parecería que el regalo se brinda como precio del cariño. Los padres que miran de verdad por el bien de sus hijos han de sentir la urgencia de dosificar racionalmente los regalos, lo cual no es fácil ni cómodo muchas veces.

Una madre no hace más que abrumar a su hija con regalos y vestidos. Algunas de sus amigas que tienen mucha confianza con ella, se atreven a decirle: "¿No tratarás de compensar a tu hija con cosas el poco tiempo que le dedicas?". En un principio le sienta mal la observación, pero recapacita y a los dos días reconoce que los regalos eran una tapadera para tranquilizarse del tiempo que hurtaba a su hija. Resulta más fácil echar mano a la billetera y gastar dinero en un regalo que gastar tiempo escuchando a los hijos y jugando con ellos.

Todos los matrimonios que conozco, preocupados por la educación de sus hijos, reconocen que no les dedican todo el tiempo que debieran. Hace unos meses, los periódicos gallegos ofrecían un dato alarmante: "Los niños están a diario tres horas ante el televisor y media hora con sus padres". Es lo que se llama entregar a los chicos a los cuidados de la "niñera electrónica", muy cómoda para los padres, pero muy poco educativa y bastante perjudicial para los hijos.

"El mayor regalo que nos hicieron nuestros padres fue su compañía constante", me confesaban unos hijos ya adultos. Sí, ya sé que la vida moderna es complicadísima. Pero para lo imprescindible hay que encontrar tiempo, como se encuentra para comer. Para ello es preciso establecer una jerarquía de valores. La convivencia en el hogar es una clase ininterrumpida de pedagogía activa. Los ratos de sobremesa, las veladas, las comidas

compartidas son sagradas para que la familia sea hogar y eduque sabiamente.

El día de los Reyes Magos nos urge revisar nuestros comportamientos con los niños y buscar medios para una mejor formación psicológica. Regalo fecundo para los hijos es que la familia sea una verdadera "Iglesia doméstica"; donde se viva la fe, se celebre, se ore... Un gran medio para transmitir los valores evangélicos que harán la vida feliz.

Es iluminador el testimonio del Abbé Pierre: "La oración que al final del día teníamos en familia ha ejercido una influencia decisiva en mi vida y en la de mis siete hermanos y sus familias. Es necesario recordar a menudo a los padres jóvenes la necesidad de vivir la fe y orar con los hijos. Pase lo que pase después en sus vidas, ése será un tesoro inolvidable".

Hacer de la familia un verdadero hogar, una "Iglesia doméstica", he aquí el gran regalo que hay que hacer cada día a los niños... y a los grandes. Los regalos sólo tienen pleno sentido cuando somos un regalo permanente unos para otros.

(C)

No siempre un mismo camino es el de ida y de regreso. Puede que cuando crees haber llegado al final de tu camino, a Dios se le ocurra que regreses por otro nuevo. Es que en la vida hay muchos caminos. Los tuyos y los de Dios. Los de búsqueda y los de regreso luego del encuentro. Este fue el camino de estos Tres personajes venidos de no sabemos dónde Sabemos qué buscaban, pero no sabemos su punto de partida. Porque la búsqueda puede partir de cualquier lugar. ¿Eran del Oriente? Yo prefiero decir: "eran del mundo".

El camino de la búsqueda

Recuerdo aquí lo que escribió Paulo Coelho en su manual de conservar caminos.

"El camino no dura para siempre. Es una bendición recorrerlo durante algún tiempo, pero un día terminará y por eso debes estar siempre listo para despedirte en cualquier punto. Por mucho que te deslumbren determinados paisajes, o te asusten ciertos trechos

donde hay que esforzarse especialmente para seguir en pie, no te aferres a nada. Ni a los momentos de euforia, ni a los interminables días en los que todo parece difícil. Más tarde o más temprano llegará un ángel y tu jornada habrá llegado a su término”.

Estos tres personajes han sentido la necesidad de “buscar”. Buscar al que otros también esperaban, pero que se olvidaron de buscar. Era la búsqueda del corazón. Y era la búsqueda a través de los signos. Todo parece que fue muy fácil, sólo cuando ya estaban a punto de llegar, el camino se pierde porque se pierde la señal.

Es que las crisis de la fe pueden darse en cualquier momento y en cualquier recodo del camino. Y a veces son crisis al comienzo del camino. Otras, al final, cuando uno ya está como para tocarlo con la mano. Como en todo camino, hay momentos de alegría y felicidad. Y hay momentos de duda, de tristeza, de angustia. Y no es que uno no quiera creer. Sencillamente son situaciones en que las señales que marcan la dirección se pierden. Se oscurecen. Esos “sacramentos” llamados a ser luz pierden luminosidad. Los testigos de Dios dejan de alumbrar. “Vosotros sois la luz del mundo”. Pero si la luz se apaga o se esconde, ya no ilumina.

El ángel del camino

“Tarde o temprano llegará un ángel y tu jornada habrá llegado a su término”. En su oscuridad no se arredran, ni vuelve sobre sus huellas. Es el momento de las preguntas. Es el momento en el que, incluso quien se niega a buscar, puede convertirse en señal que vuelve a señalar la ruta.

Porque hasta los malos pueden luz. Porque hasta los que viven desinteresados pueden ser faros de orientación. Eso fue lo que hicieron los Magos. Entrar en Jerusalén. Y preguntar a quién menos interés tenía por el nuevo rey de los judíos, a Herodes.

Y de nuevo aparece la estrella. De nuevo se ilumina el camino. Y de nuevo siguen alegres, peregrinos de Dios, hasta que llegan a la cuna del Niño. Los caminos de búsqueda de Dios pueden tener paisajes maravillosos. Pueden estar llenos de flores en los

campos. Y pueden ser escarpados. Con un cielo que se oscurece. Con un Dios que pareciera se ha escondido. La fe tiene momentos de luminosidad, y momentos de oscuridad. Y a Dios también se le encuentra en la oscuridad de la noche.

Volver por otro camino

Cuando ya habían aprendido el camino, ahora Dios los manda regresar por otro nuevo y desconocido. El camino de la búsqueda ya no sirve para el regreso. Ya no es el camino que va al encuentro. Es el camino de haber encontrado.

Nadie que haya conocido a Dios, puede seguir por el mismo camino de antes. Nadie que se haya encontrado realmente con Dios puede andar los mismos caminos del pasado. Porque ahora es el mismo Dios quien se hace tu camino.

Un camino que ya no depende de una estrella, de una señal. Es el camino de quien ha llegado y ha dejado que Dios se haga luz en su corazón. Es el camino no del que busca, sino el camino que se convierte en vida, en una nueva visión, en una nueva realidad vital.

No se puede encontrar a Dios y seguir igual. Cuando uno se ha contagiado de Dios, la vida ya no es la misma. Cuando uno ha visto a Dios, aunque sea en la pobreza de un pesebre, los ojos ya no ven lo mismo. Cuando uno ha escuchado a Dios, la vida tiene otra música. Cuando uno ha sentido a Dios en su corazón, la vida se llena de caminos y todos son caminos de Dios.

“Haz de tu camino un espejo de ti mismo: no te dejes influir en absoluto por la manera como los demás cuidan de sus caminos. Tú tienes un alma que escuchar, y los pájaros transmitirán lo que tu alma quiere decir. Que tus historias sean bellas y agraden a todo lo que tienes en torno. Sobre todo, que las historias que cuente tu alma durante la jornada se reflejen en cada segundo del recorrido”. (Paulo Coelho)

¿Estás en el camino de ida o de regreso? ¿Estás en el camino de búsqueda o del encuentro? ¿Estás en tus viejos caminos o andas

ya por los nuevos caminos donde Dios mismo se hace tu camino?
¿Tratas de andar los caminos por donde andan todos, o andas por
ese nuevo camino donde escuchas la voz de alma?.

(D)

Cayendo de rodillas, lo adoraron

Orar es tan sencillo que puede hacerlo un niño pequeño. Pero, a veces, parece tan difícil que millones de hombres y mujeres son incapaces de elevar su corazón a Dios y comunicarse con él. Son bien conocidas las principales dificultades.

“Orar, ¿para qué?”. Es la típica objeción de nuestro pragmatismo occidental. Lo primero que brota de ese hombre o mujer que se mueve entre la autosuficiencia y el utilitarismo. ¿Para qué le quiero a Dios? ¿es que me va a resolver los problemas? ¿Me va a dar de comer? ¿Me va a procurar trabajo, dinero, seguridad? ¿Cómo me voy a dirigir a alguien que no me sirve para nada? Y, sin embargo, sigue siendo verdad que “no sólo de pan vive el hombre”, o ¿es que el hombre de hoy ya no necesita paz interior, perdón, fuerza de conversión, esperanza?

“¿Orar? No tengo tiempo”. Es otra reacción muy general. Porque esto no lo dice uno u otro. Lo dicen hoy muchos. No hay tiempo para orar. Tenemos el día totalmente ocupado. Imposible introducir otra tarea más. Sin embargo, sería mejor llamar a las cosas por su nombre. Siempre tenemos tiempo para lo que realmente nos interesa. Decir “no tengo tiempo para orar”, ¿no equivale casi siempre a decir “Dios no me interesa”?

Cada uno sabrá cómo va construyendo su vida. Pero si un creyente no encuentra tiempo para estar con Dios, tampoco tendrá para estar consigo mismo, ni para estar en profundidad con las personas ni para crecer interiormente. ¿Dónde se alimentará su fe?

“¿Orar? Es que no sé hacerlo. ¿Qué le puedo decir yo a Dios?”. Son muchas las personas que hablan en términos parecidos. NO

saben exactamente por qué, pero se sienten bloqueados interiormente. No aciertan a ponerse en comunicación con él.

Las razones pueden ser diferentes, pero, muchas veces, detrás de todos los razonamientos se esconde una verdad pura y llana. Sentimos miedo a la oración. Tenemos miedo a vernos tal como somos. Miedo a entrar dentro de nosotros y descubrir qué frágiles son los apoyos sobre los que se sustenta esa fachada de lo que aparentamos ser.

No nos atrevemos a afrontar nuestra propia verdad. Nos da miedo esa realidad tan deslucida de lo que verdaderamente somos y sentimos. Nos cuesta encontrarnos a solas y cara a cara con Dios, el espejo más limpio y el que mejor delata nuestras torpezas y nuestra mediocridad. La misma santa Teresa decía: “Me espanto de ver en la oración tantas verdades y tan claras”.

¿Qué podemos hacer? ¿Seguir huyendo de Dios y de nosotros mismos? El episodio de los magos no es sólo un relato lleno de encanto. La búsqueda esforzada de esos hombres hasta caer de rodillas ante el Niño en actitud de adoración es una llamada que se nos hace a todos. La vida del hombre alcanza su mayor grandeza cuando sabe arrodillarse interiormente ante Dios. En él encuentra su auténtica verdad, el perdón y la paz.

P. Juan Jáuregui Castelo